

Pierangelo Sequeri. *Addio a Dio? Sul Dio vivente*. Centro Ambrosiano, 2025, 104 pp. ISBN: 978-88-6894-807-8.

“¿Es verdad que el cristianismo está acabado, como sostienen algunos? ¿Por qué la modernidad continúa siendo hoy un problema, hasta hacer que intentemos dejarla a un lado para salvaguardar la fe? ¿Debemos, en realidad, decir adiós a Dios? ¿A cuál?” (p. 5). Bajo estos interrogantes presenta Cristiano Passoni el trasfondo de la obra de Sequeri. Esta pretende reflexionar sobre el Dios cristiano en un tiempo en el que el *topos* cultural de la *muerte de Dios* comienza a mostrar grietas.

Pierangelo Sequeri (1944) es uno de los principales teólogos italianos. Especializado en teología fundamental, ha ido construyendo una propuesta profundamente poliédrica donde aúna teología, filosofía, estética, pastoral y estudios sobre la familia. Sin embargo, en España todavía es poco conocido. Los libros traducidos son escasos, y su pensamiento apenas ha sido recibido en nuestro país. Justamente estamos ante una de sus últimas contribuciones, en forma de ensayo, donde recoge muchas de las intuiciones que ha ido presentando a lo largo de estas décadas.

La teología actual parece no hablar demasiado sobre Dios. Abunda el tratamiento de cuestiones intra-eclesiales, sociales, ecológicas o espirituales. Frente a ello, Sequeri lo aborda en este libro que forma parte de un proyecto del Centro Ambrosiano, denominado *Dire Dio*, donde distintos autores se interrogan sobre cuestiones relativas a Dios y la fe cristiana, en el contexto del aniversario del Concilio de Nicea. El teólogo italiano pretende reflexionar sobre la actual ausencia de Dios y presentar caminos que puedan revertir esta situación apelando a una comprensión correcta del Dios cristiano. Se trata de una contribución densa en sus contenidos, aunque original y sugerente, que se estructura en cuatro partes y doce capítulos. Nos detenemos en algunos puntos que consideramos fundamentales en su propuesta.

Una cuestión que recorre toda la teología de Sequeri es el diálogo crítico con el tiempo actual, partiendo de un análisis realista de este, caracterizado precisamente por el hecho de que Dios haya dejado de ser un absoluto universal para convertirse en la idea de una parte de la sociedad. “La fe en Dios ya no es la regla: es la excepción” (p. 11), afirma. Esto ha ocurrido paradójicamente en Occidente donde el pensamiento sobre Dios ha sido fermento en la construcción de la civilización humanística. Este hecho, positivo para no creyentes y aquellos que reivindican una fe más pura y libre, alberga sin embargo un componente dramático que

ya el mismo Nietzsche supo vislumbrar al postular la *muerte de Dios*. Estas condiciones convierten nuestro tiempo en radicalmente novedoso respecto a épocas pasadas, exigiendo una respuesta nueva que, en opinión del teólogo italiano, ni la filosofía ni la teología han sabido formular plenamente. Su propuesta intenta ofrecer una salida adecuada.

Por otra parte, se interesa por la situación de una teología que, pese a haber realizado grandes esfuerzos en las últimas décadas gracias a los impulsos del Vaticano II, según su opinión aún tiene margen de mejora. Ahogada actualmente por una sociedad secularizada donde predomina el paradigma técnico y el interés económico, el autor destaca cómo “la apelación a un decidido cambio de ritmo, a más de medio siglo del Vaticano II, asume hoy tonos aún más urgentes y radicales”, recordando las intuiciones del papa Francisco respecto al cambio de época que vivimos y la necesaria adaptación de un cristianismo, “aun fuera del eje respecto a la visión del mundo que señala la época” (p. 15). Unido a esto, Sequeri critica la vivencia actual de un cristianismo que “sobrevive por inercia, incluso vaciado de teofanía” (p. 31), “una fe que conserva todas sus formas, pero no tiene ninguna fuerza” (p. 28).

Ante esta situación, presenta Sequeri su contribución a modo de *pars construens*. El conjunto de su teología ha pretendido desarrollar una teoría de la *conciencia creyente* donde la fe lejos de ser enemiga de la razón, se muestra como fundamento necesario para la comprensión del hombre en todas sus dimensiones. Además de esto, especialmente en estos últimos años, ha ido construyendo una propuesta de presentación de la revelación a partir de elementos afectivos, donde esta y su respuesta por medio de la fe no es mera adquisición racional de verdades, sino una relación existencial con Dios que toca todas las dimensiones humanas. Incluso ha llegado a postular la necesidad de una nueva ontología *de los afectos*, que sería necesaria para una comprensión correcta del Dios cristiano, frente a otra, dominante en estos siglos, que ha *contaminado* su comprensión, y que se caracteriza por una racionalidad restringida, apegada al dominio del paradigma científico-técnico y a un conocimiento alejado de los afectos, que desprecia la experiencia. Al final, enfatiza en esta obra cómo la *muerte de Dios* postulada por el pensamiento es “evidentemente una muerte afectiva” (p. 33). “La fe, hoy, es desafiada precisamente por el ‘vacío afectivo’ de Dios” (p. 37), insiste. Frente a esto, apunta: “Es la experiencia carnal ‘del Dios viviente’ (la desorientación y la teofanía) la que hace la diferencia respecto a una religión de las formas (la ley y

la ideología) —capaz de convivir serenamente también con ‘la muerte de Dios’— que no se deja sustituir en algún modo. Y esta pasión nos falta” (p. 30).

Estas intuiciones son esenciales para la comprensión de su contribución, pues esta disposición afectiva del Dios cristiano, según afirma, estaba presente en los primeros siglos de la Iglesia, inaugurando una novedosa interpretación del ser frente a la ontología helenística. Los concilios del primer milenio deben leerse en esta clave, especialmente Nicea por medio de la idea de *eterna generación* en Dios. Refiere, recogiendo todo lo que venimos destacando: “Decir que la generación del Hijo es eterna —de la eternidad de Dios— significa pensar la generación como el acto puro en el cual toma forma y fuerza la intimidad de Dios. Significa pensar que la ontología fundamental —la ontología del absoluto, la ontología absoluta— es una ontología afectiva: donde el *far-essere* ‘precede’ al ser; y el *voler-bene* es su fuerza ‘intrínseca’, infinitamente superior a aquella tradicionalmente inscrita en el sistema de las causas y de los efectos. Pensar en la generación que ‘define’ a Dios como Padre e Hijo, de modo que no hay un ‘Dios’ que esté en la existencia de modo neutro, autorreferencial, como puro espejo de sí mismo, sin ser calificado por una relación que impide pensar en una singularidad autosuficiente, cuya perfección es definida a partir del amor de sí, tiene consecuencias enormes” (p. 48). Se trata, en efecto, de algo que hemos perdido, pese a que el testimonio de la revelación se sitúe bajo esta lógica y sus premisas fundamentales fuesen establecidas ya en los primeros siglos. El mismo san Anselmo en la segunda parte del *Proslogion* camina por esta senda, comenta, aunque no se le ha prestado suficiente atención. Tanto es así que indica provocativamente: “Nuestra teología ha dedicado ciertamente a la Trinidad un largo espacio de reflexión. Pero, quizás, no es todavía trinitaria” (p. 50).

En este momento cultural de la *muerte de Dios* se hace urgente regresar a esta comprensión afectiva del Dios cristiano, sacando todas las conclusiones necesarias. No se trata de reducir la revelación a mero sentimentalismo, pero sí tomar conciencia de que lo afectivo forma parte estructurante de lo humano, algo que la racionalidad moderna ha obviado. “Nuestro problema actual es restituir el encanto y la aventura —seriedad y alegría, incluso— a este trato característico de la ‘teofanía’ anunciada y testimoniada por Jesús” (p. 56). Esta teofanía que propone recuperar queda explicitada por el testimonio de Jesús como *evento fundador* de nuestra fe. Es el principio que denomina la *compatibilidad cristológica de Dios*, y que recorre toda su teología. Solo por Jesús podemos conocer certeramente al Dios cristiano y comprender su revelación como *Absoluto afectivo*. Esto nos libera de

comprensiones extrañas, especialmente gnósticas como denuncia en esta obra: “El Hijo eterno se identifica con la creación humana, destinando a su favor todos los posibles de Dios” (p. 78).

Las consecuencias de esta comprensión afectiva de Dios son infinitas y repercuten en todos los ámbitos, especialmente en una vivencia cristiana que va más allá de las rutinas y la ley, y que está decididamente a favor del prójimo. “Quehacer emocionante y absolutamente crucial, que debe ser llevado a cumplimiento” (p. 37), insiste. Resulta de gran interés su propuesta de una teología que debe mejorar en lo que denomina campo de las *fuerzas* y de las *formas*. Este último hace referencia a los conceptos, lenguajes y representaciones teológicas que, no obstante, han avanzado bastante en estas décadas. Por el contrario, en el plano de las *fuerzas* se hace necesaria una profundización mucho mayor. Se refiere a aquello que tiene que ver con la experiencia, el afecto, el sentimiento, la atracción, en línea con la comprensión de esta fe que es relación existencial que trasciende los conceptos y lenguajes. En efecto, para Sequeri la teología ha privilegiado el discurso, concebido como lo universal, frente al evento y su experiencia, que remite siempre a lo particular, al hilo de la inercia de estos siglos donde la modernidad se ha ceñido a esta epistemología restringida.

Igualmente recalca de forma sugerente cómo nuestro mundo posmoderno necesita un estilo realmente humanístico, que “no se forma, no se custodia, no toma fuerza, sin ‘Dios’” (p. 77). La revelación comprendida bajo estas claves referidas indica el camino a seguir. Sequeri destaca en esta obra dos categorías derivadas: *generación* (herencia de Nicea) e *intercesión* (novedad incomparable del Evangelio), a cuyo análisis dedica las páginas finales. Estas, si se piensan correctamente, suponen una interpelación a la Iglesia y al mundo. Por ejemplo, sobre la noción de generación, subraya: “El espacio cultural para la remodelación de la misión cristiana, que descubre finalmente en la audacia profética de la ‘generación de Dios’ establecida en Nicea el principio adecuado para la rehabilitación de nuestro exhausto humanismo de la sequedad a la que lo constriñe la ‘muerte de Dios’, es precisamente el *kairos* de este momento confuso y deprimido” (p. 91).

Otras muchas cuestiones recorren esta pequeña obra. Todas ellas, como nos dice el presentador, tienen por fin identificar los signos positivos de nuestro tiempo para habitar “el increíble *kairos* que este contiene” (p. 5); presentan “un camino desafiante, pero totalmente gratificante y lleno de luz para el tiempo que ha de venir” (p. 8).

Para finalizar, apenas nos queda invitar a su lectura. Sequeri no es un teólogo sencillo, sistemático o directo, incluso algunos hablan de que sus contribuciones quedan abiertas para que sea el lector quien extraiga todas las consecuencias derivadas. Con todo, su propuesta es realmente sugerente y de ella podemos extraer múltiples pistas para la reflexión y vivencia de la fe en la actualidad. La revelación comprendida según las claves afectivas ofrecidas por Sequeri representaría aquello que hoy el mundo y la Iglesia necesitan. Por ello, en último término, el teólogo italiano reivindica una labor teológica que reflexione sobre Dios y renueve la Iglesia para dar un adecuado testimonio ante sí y ante el mundo. A los interrogantes planteados al inicio podemos responder con Sequeri que, ciertamente, el cristianismo no está acabado, al contrario, que aún tiene mucho que aportar. La posmodernidad en la que vivimos no deja de ser un *kairos* que nos invita a pensar la fe de manera adecuada, sin miedos. Si es necesario decir adiós a algún dios, ese sería el construido por teorías equivocadas del pasado, no el Dios vivo del Evangelio que en Jesús se presenta como *Absoluto afectivo* y es respuesta a los interrogantes que todo tiempo plantea.

Javier Riesco Lo-Grasso  
*Universidad Pontificia de Salamanca*